

que ha de proporcionarle la gloria de su Padre resarcida y la salvación del mundo consumada.

PUNTO QUINTO.—*Tacto.* Los instrumentos del suplicio, los azotes quebrados de medio á medio..... la columna, el pavimento inundado de Sangre. Recoged esa Sangre preciosa... Es un remedio universal que nos proporciona el Médico de las almas.

MEDITACIÓN LXXXIX

Jesús clavado en la Cruz.—Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO. — «Le crucificaron, y con El á dos ladrones, uno á la derecha y el otro á la izquierda.» (1)

SEGUNDO PRELUDIO. — Representate el Calvario, donde se hallan ya preparados los instrumentos del suplicio; y luego á Jesucristo clavado en la Cruz.

TERCER PRELUDIO.—¡Oh mi buen Jesús, víctima de amor! Unidme á vuestro sacrificio, verdadero holocausto, donde todo queda consumido en el fuego de la más ardiente caridad, é infundid en mi corazón los sentimientos del vuestro.

PUNTO I

Contemplar las personas

Esa turba innumerable de extranjeros y habitantes de Jerusalén, reunidos sobre el monte Calvario... ¿Cuáles han sido los sentimientos que allí los han conducido? A unos la compasión; á un gran número de ellos la curiosidad; y á los más el odio ó no sé qué

(1) Joan., XIX, 18.

brutal placer de saciar su vista con ese sanguinario espectáculo.—Los verdugos, la rabia de su corazón y el furor en sus miradas, están irritados porque se ven vencidos por la paciencia de su Víctima. Los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, cuya venganza va finalmente á quedar satisfecha, pues han deshonrado para siempre la memoria de Jesús, ó al menos así lo creen ellos, obteniendo que muera, no solamente de la manera más cruel sino también la más infamante..... No caben de alegría: los dos malhechores asociados al suplicio del Hijo de Dios para causarle mayor vergüenza. ¡Cómo hará uno de ellos brillar su gloria!—Las piadosas mujeres que lloran..... La Santísima Virgen sumergida en un mar de dolores por los sufrimientos de su Hijo... San Juan que le acompaña y participa de su dolor.—Pero él que sobre todo debe llamar vuestra atención, absorber todas las potencias de vuestra alma es Jesucristo en las manos de sus verdugos, y luego suspendido sobre la Cruz, donde va á consumarse con su doloroso sacrificio la obra de nuestra redención... ¡Oh! cuánto no podemos aquí aprender, y qué santas impresiones recibir!

PUNTO II

Escuchar las palabras

¿Qué es lo que dice ese pueblo en medio del cual Jesús ha pasado haciendo bien? *Tú que destruyes el Templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate á Ti mismo. Si eres el Hijo de Dios, desciende de la Cruz.*—¿Qué dicen los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos? *A otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel que descienda de la Cruz, y creemos en El. ¡Ha confiado en Dios! Si Dios le ama que venga á librarle; porque El ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios.*—¿Qué es lo que dicen los malhechores crucificados con El? El uno blasfema: *Si Tú eres el Cristo sálvate á Ti mismo, y sálvanos también á nosotros: el otro reprende á este*

blasfemo, confiesa la divinidad del Salvador y lo invoca: ¡Cómo! ¿ni aún temes á Dios habiendo sido condenado al mismo suplicio? Nosotros sufrimos la pena de nuestros crímenes, pero El ningún mal ha hecho. Señor, acordaos de mí cuando estuviereis en vuestro Reino.— Escuchad el llanto de María y de las santas mujeres... sus secretos coloquios con el Corazón de Jesús.— Meditad principalmente las siete palabras del Salvador en la Cruz. A su Padre: *Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen*; al buen ladrón: *Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso*; á María y á San Juan: *Mujer vé ahí á tu hijo; hijo vé ahí á tu Madre*.— *Dios mío, Dios mío ¿por qué me habéis abandonado?*— *Tengo sed*.— *Todo está consumado*.— *Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*.— Escuchad también lo que os dice á vos mismo el adorable Paciente, y entregaos sin reserva á las inspiraciones de su gracia.

PUNTO III

Considerar las acciones

Después que los verdugos se han asegurado de que todo está dispuesto, vuelven á Jesús, arrancan con violencia sus vestiduras pegadas á su Cuerpo, renovando en cierto modo con esto el tormento de la flagelación. El Cordero de Dios se tiende sobre el altar de su sacrificio. Presenta su mano al verdugo; ¿que hará este con esta mano divina, instrumento de tantos beneficios? La agarra malamente, y aplica en ella un enorme clavo... Descarga repetidos golpes. ¡Cuántos nervios quebrados! ¡Cuántas venas rotas! ¡Cómo repercuten en todo su Cuerpo cada uno de estos golpes! De una mano pasa á la otra; de las manos á los pies... cada vez se renuevan sus dolores y siempre la misma paciencia. Levantan la Cruz cuyos movimientos desgarran el Cuerpo que sólo se halla apoyado sobre heridas... La dejan caer á peso en el hoyo cavado en la roca, preparado para recibirla.... ¡Espantosa sacudida! Mirad, pues, suspendido entre

el Cielo y la tierra al único Mediador entre Dios y los hombres (1)...., sacrificador y sacrificio, Sacerdote y víctima todo junto.

Así ofrece El á nuestra contemplación la infinita sublimidad de todas las virtudes de las cuales Jesucristo nos ha dado ejemplo en su Encarnación y en toda su vida...—Perfección de humildad: ¿puede acaso ser más profundo su anonadamiento? Muere saturado de oprobios; bien sabemos cuán hambriento estaba de ellos.—Perfección de pobreza: muere en la más completa desnudez; no tiene un harapo con que cubrirse, ni un vaso de agua para apagar su sed.—Perfección de generosidad: todo lo sacrifica por nosotros, su libertad, sus consuelos interiores, su reputación, su honor...., su cuerpo cuyos sentidos tienen cada uno su suplicio, su alma cuyas facultades sienten cada una su dolor....

Terminad haciéndoos á vos mismos las tres preguntas que será bueno dirigirse siempre que uno medite la Pasión. ¿Quién es el que padece? Si por ventura lo ignoráis, el trastorno de la naturaleza os lo dirá. ¿Cuánto sufre? *O vos omnes qui transitis per viam attendite et videte si est dolor sicut dolor meus* ¿Por quién sufre? Por mí; para librarme del infierno y merecerme el Cielo.... ¿Qué es lo que he hecho hasta ahora, cuánto he sufrido y qué es lo que quiero hacer y sufrir en adelante por aquel que tanto me ha amado?

Coloquio con Jesús en la Cruz.—Suplicadle que una con el suyo vuestro corazón, según su promesa, y que infunda en vos los mismos sentimientos del Apóstol cuando decía: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*. Pedidle su santo amor, el horror al pecado, el celo por la salvación de las almas, ánimo para abrazar los sufrimientos, y estar en El unido á la Cruz, y que no descendáis de ella hasta después de haber entregado como El vuestra alma en manos de vuestro Padre celestial.

(1) I Tim., II, 5.

Rezad muy despacio la oración: *Anima Christi*.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas*.—El inmenso populacho reunido sobre el Monte Calvario. ¿Cuáles son los sentimientos que lo animan?—Los verdugos están irritados porque se ven vencidos por la paciencia de su Víctima.—Los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, no pueden contener su feroz alegría.—Los dos malhechores.—Las santas mujeres..... María..... S. Juan..... Jesucristo sobre la Cruz donde consuma la obra de nuestra redención.

PUNTO SEGUNDO.—*Escuchar las palabras*.—Las del pueblo, en medio del cual Jesús ha pasado haciendo bien.—Las de los escribas y fariseos.—Las del bueno y mal ladrón... Escuchar el llanto de María y de las santas mujeres. Pero sobre todo fijar vuestra atención en las últimas siete palabras del Salvador.

PUNTO TERCERO.—*Considerar las acciones*.—Los verdugos arrancan con violencia las vestiduras de Jesucristo pegadas á su Cuerpo... Fijan enormes clavos en sus pies y en sus manos..... Levantan la Cruz y la dejan caer á peso en el hoyo abierto en la roca... Aquí es donde debemos contemplar todas las virtudes de Jesucristo practicadas con soberana perfección: humildad, pobreza, generosidad en el sacrificio, y decir con S. Pablo: *¡Porque me amó, se ha entregado por mí!*

MEDITACIÓN XC

*Grandes sufrimientos del hombre apostólico:
son inevitables y debe estar dispuesto á sufrirlos*

- I. Porque ocupa el primer lugar entre los discípulos de Jesucristo.
- II. Por ser su cooperador en la obra de la Redención.

PUNTO I

El Sacerdote debe estar dispuesto á padecer grandes sufrimientos por el elevado puesto que ocupa entre los discípulos de Jesucristo.

Es condición indispensable, para ser admitido aunque no fuese más que en última fila entre los discípulos de Jesús, la renuncia de sí mismo, el tomar la cruz y seguirle. He aquí lo que El exige tanto de el que comienza como del que ya haya hecho progresos en la virtud: *Dicebat ad omnes: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie et sequatur me* (1). Esa renuncia equivale á morir á sí mismo: ahora bien ¿es posible esta muerte sin sufrir? El tomar la cruz equivale á abrazar la humillación y el sufrimiento: además esa cruz es cotidiana, *quotidie*. El seguir é imitar á Jesucristo supone el hacerse violencia á las inclinaciones de la naturaleza: y es cabalmente en su paciencia y resignación que El desea que le imitemos muy especialmente.—Es en el Calvario y no en el Tabor, que El se nos presenta como modelo. La vocación á los sufrimientos es común á todos los que hayan abrazado el Evangelio: *In hoc vocati estis: quia Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus* (2). La crucifixión de la carne con sus vicios é incentivos, he aquí el carácter distintivo de los verdaderos discípulos de Jesucristo: *Qui sunt Christi carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis* (3).

San Pablo insiste sobre esta verdad fundamental: por lo mismo que es de difícil comprensión, él se esfuerza con mayor insistencia para inculcárnosla: Acaba de verse sometido á grandes pruebas: Antioquía, Iconio, Listri y todos los lugares que recorrie-

(1) Luc., IX, 23.

(2) I Petr., II, 21.

(3) Gal., V, 24.

ra habían sido teatro y testigos de sus sufrimientos; y él tiene un cuidado especial de advertirnos que esa no es condición especial suya, sino que todos los que quieran vivir piadosamente, según las máximas y ejemplos del Salvador, deberán sufrir persecución: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur* (1). En todos los lugares y condiciones, ya sea de parte del mundo, ya de parte de los poderes del abismo, siempre habremos de encontrar contradicciones, penas y aficciones.

Pero si la cruz es inevitable para todo discípulo de Jesús y para todo el que debe seguirle, sin duda que deberá esperar cruces más pesadas aquel que está llamado á seguirle más de cerca, y á seguirle en los caminos de la perfección. El que haya hecho algún progreso en la virtud, por esto sólo tiene un motivo más para sufrir mayormente: jamás el enemigo de nuestras almas, dice San Juan Crisóstomo, despliega más furor contra de nosotros, como cuando descubre mayor conformidad entre nuestra vida y la Sagrada Doctrina del Evangelio. Es entonces cuando él quisiera cribarnos como se criba el trigo.—Mientras mayores tesoros ve en nuestras manos, más deseo y más celoso se muestra de despojarnos. De ahí nacen esas tentaciones numerosas, importunas, bajas que amargan la vida y arrancan lágrimas hasta á los más esforzados; *Supra modum gravati sumus supra virtutem, ita ut tæderet nos etiam vivere* (2). Qué suplicio é inmensa pena no deberá experimentar el hombre interior cuando pasa de pronto de la luz á las más espesas tinieblas. Qué martirio, cuando á esta privación de todo sentimiento de devoción se añade una imaginación agitada por mil fantasmas, una voluntad agitada por los más opuestos deseos..... y se ve uno obligado á exclamar: ¡Dios mío! me habéis pues abandonado!... Por regla general las personas sobre las cuales la Providencia tiene designios espe-

(1) II Tim., III, 12.

(2) II Cor., I, 8.

ciales de perfección, siempre pasan esos dolorosos estados: yo debo por tanto estar dispuesto á todo por lo mismo que ocupó un lugar tan elevado entre los discípulos del Salvador.—Pero esto no es todo.

PUNTO II

El Sacerdote debe estar dispuesto á grandes sufrimientos por ser el cooperador de Jesucristo

El sufrimiento es el estado normal del hombre apostólico. Hallamos los motivos y fundamentos de esta verdad en su unión más perfecta con la Víctima del Calvario, en los empleos que ejerce, en los títulos que ostenta, y en el concurso que presta á la obra de la Redención.

1.º Los miembros participan de la condición de la cabeza: ahora bien, los Sacerdotes son los miembros más nobles del Cuerpo de Jesucristo: *Pars membrorum Christi prima* (1).—Ellos le están tan íntimamente unidos que El está en ellos como su Padre está en El: *Ego in eis et tu in me* (2). El continúa por medio de ellos su obra de reparación y salud, iluminando las inteligencias, dirigiendo las voluntades y purificando los corazones..... Nadie, pues, tanto como el Sacerdote debe asemejarse al Hombre-Dios crucificado, ni participar con tanta abundancia del Cáliz de sus sufrimientos: *Si me persecuti sunt, et vos persequentur*. El nos ha elegido para que le acompañemos en este mundo en sus pruebas: *Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis* (3). ¿No le acompañaremos en la Gloria? *Volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum: ut videant claritatem meam*; pero para conseguir esa dicha es menester que estemos ahora donde El estuvo durante su vida mortal, *in tentationibus*. Si por tanto esa vida adorable, co-

(1) S. Greg., *Moral.*, c. XVI.

(2) Joan., XVII, 23.

(3) Luc., XXII, 28.

menzada en un pesebre y terminada sobre una Cruz, no fué sino una cadena de humillaciones y sufrimientos... tal debe ser la nuestra. No es acaso esto mismo lo que nos enseñan y acumulan nuestros empleos y nuestros títulos.

2.º Apóstoles de la verdad que el mundo combate, defensores de la virtud que el mundo persigue, enemigos declarados de todos los vicios que reinan en el mundo, nuestra mano está en contra de todos y la mano de todos está en contra de nosotros (1). «Escribiría una larga historia, dijo un escritor, el que quisiera reseñar y recoger todo lo que han debido padecer en todo tiempo los que se esforzaron para introducir en el mundo ese extranjerero que se apellida *verdad*» Y si esto es cierto al tratar de la verdad en general con mucha más razón lo será de esta verdad que crucifica, puesto que pisotea todo orgullo, condena toda malicia y no perdona ni siquiera un mal pensamiento. El santo ministerio no es sino una lucha constante contra el demonio, sus errores y sus crímenes; y exige por lo mismo que yo esté siempre preparado al sufrimiento.

Lo propio resulta de mis títulos. Yo soy *padre* de almas: mi familia es numerosa. Pero ¡ay! cuántos de mis hijos me afligen por su indocilidad, por su obstinación en perderse, á pesar de los ardientes deseos que tengo de salvarlos! Soy *pastor* y me desvelo por mi rebaño....; pero ¡cuántas ovejas enfermas no hay en él! Y es menester curarlas. ¡Cuántas jóvenes é inexpertas! Y es menester formarlas. ¡Cuántas ovejas descarriadas! Y es menester buscarlas, atraerlas y acaso cargarlas sobre mis hombros. Yo soy *cultivador*; mi parroquia es un campo, una viña. Ahora bien ¿qué fruto ha dado hasta aquí? Jamás podré triunfar de esa desconsoladora esterilidad sino mediante la paciencia, la inmolación de mí mismo, y la abundancia de mis sudores y de mis lágrimas. Soy *médico* y por esto mismo estoy en continuas rela-

(1) Gen., XVI, 12.

ciones con las innumerables enfermedades del espíritu y del corazón del hombre. Para que mi compasión sea proporcionada á tantas y tan grandes miserias es menester que yo las sienta. El mismo Jesucristo, aun siendo Dios, hubiera sido en cierta manera no tan apto para salvarnos, si no hubiera conocido por experiencia lo que es el dolor: *Debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret* (1). Por este mismo motivo escoge á sus ministros de entre los hombres, *ex hominibus assumptus*, á fin de que ellos encuentren en sus mismas flaquezas el motivo y la regla de una caritativa condescendencia, puesto que ellos son los primeros que la necesitan: *Qui condolere possit iis qui ignorant et errant, quoniam et ipse circumdatus est infirmitate* (2). Si fueran del todo ajenos y extraños á los combates de la carne contra el espíritu ¿cómo podrían convenientemente dirigir, sostener y consolar á las almas sujetas á las tentaciones más violentas á la par que tan humillantes?

3.º En fin yo debo contribuir á la magnífica obra de la Redención: ahora bien, no puedo conseguirlo de una manera eficaz sino mediante mis sufrimientos. El mundo no puede ser salvado sino por la Cruz, y la de Jesucristo en cierto modo no basta. Esta verdad se me presenta á menudo en mis meditaciones: *Nada fructifica sino á la sombra de la Cruz*. Sin duda que Jesucristo no solamente aludía á sí mismo sino también á sus discípulos cuando decía: *Amen, amen dico vobis: Nisi granum frumenti cadens in terram mortuorum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit multum fructum affert* (3).

Un piadoso y sabio comentador después de haber considerado la doble vocación de San Pablo, esto es, para el apostolado y para los sufrimientos: *Vas electionis est mihi iste ut portet nomen meum coram gentibus et regibus....; ostendam enim illi quanta oporteat*

(1) Hebr., II, 17.

(2) Ibid., V, 2.

(3) Joan., XII, 24.

eum pro nomine meo pati, añade enseguida esta reflexión: *Unde liquidet Paulum aliosque electos Dei servos magis a Deo eligi et destinari ad multa pro eo patiunda, quam agenda; servitus enim Dei, æque ac apostolatus, magis consistit in multa passione, quam operatione. Fortia agere Romanum est, fortia pati Christianum est, imo apostolicum* (1).

He aquí pues lo que se me quiere inculcar. Si para ser un buen Sacerdote, necesito actividad y trabajo, mucho más necesaria aún me es la paciencia. Yo debo hacer mucho; pero especialmente debo sufrir mucho. Estoy preparado ¡oh adorable Maestro! Vos me lo habéis predicho: Estaréis bajo el peso de la tribulación: *In mundo pressuram habebitis* (2). Y mientras yo esté dispuesto al sufrimiento desearé todo temor, porque Vos mismo me animáis diciéndome: *Confidite, ego vici mundum* (3). Sí, Señor, Vos habéis triunfado del mundo, de su sensualidad, y de su orgullo. Vos habéis vencido el sufrimiento y la muerte; la victoria que en Vos mismo habéis alcanzado, la alcanzaréis también en mí. ¿No me fortalecéis y armáis acaso cada día con la fuerza de los mártires, ó más bien con vuestra misma fuerza, dándome como alimento vuestra Carne, y vuestra Sangre como bebida? ¡Ah si yo supiera aprovecharme dignamente de este divino Manjar de cuánta paciencia y magnanimidad no sería capaz! *In illa longa morte, Laurentius in illis tormentis quia bene manducaverat et bene biberat, tanquam illa carne saginatus et illo calice ebrius, tormenta non sentit* (4).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El Sacerdote debe estar dispuesto á grandes sufrimientos por el lugar tan distinguido que ocupa entre los discípulos de Cristo.*—Hasta para ocupar el último lugar

- (1) Corn., a Lap. (*In Apost. c. IX, V. 16.*)
- (2) Joan., XVI, 33.
- (3) Ibid.
- (4) S. Aug., *Trac., 27 in Joan. n. 12.*

entre sus discípulos menester renunciarse á sí mismo, tomar la cruz y seguirle. La ocasión á los sufrimientos es común á todos los que han abrazado el Evangelio. El Sacerdote, estando en primera fila entre los discípulos de Cristo Crucificado, debe también seguirle más de cerca.—El demonio más nos odia á medida que nos ve hacer mayores progresos en la perfección: de ahí esas numerosas tentaciones que nos acibaran la vida y arrancan lágrimas hasta á un S. Pablo.

PUNTO SEGUNDO.—*El Sacerdote debe estar dispuesto á grandes sufrimientos por ser el ministro y el cooperador de Jesucristo.*—La razón de esta verdad estriba en su unión más íntima con la Víctima del calvario, y en los cargos que ejerce; combate los errores y los vicios; todas las pasiones se desencadenan en contra de El. Además concurre á la redención de los hombres; y los hombres no se han salvado sino por la Cruz. *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet.* El Salvador nos dice como á sus apóstoles *In mundo pressuram habebitis.* Pero añade: *Confidite, ego vici mundum.*

MEDITACIÓN XCI

*Grandes sufrimientos del hombre apostólico:
El buen sacerdote los ama*

- I. Como testimonio el más consolador del amor que Dios le profesa.
- II. Como la prueba más segura que él pueda dar á Dios de su amor.

PUNTO I

El buen Sacerdote ama los sufrimientos considerándolos como el más seguro testimonio del amor que Dios le profesa

¿Qué son, consideradas bajo el punto de vista de la fe, esas aflicciones, esas penas que Dios permite ó manda, ya consistan en la privación ó alejamiento de lo que nos agrade, ya en la presencia de lo que